

«YA NO HAY PIRINEOS»: La revolución de 1848 en Aragón

Ignacio García de Paso García
European University Institute, Florencia

Pocas fechas en la historia contemporánea son tan unánimemente consideradas un punto de inflexión como el año 1848.¹ Año principal de un ciclo revolucionario que abarcó el lustro central del XIX, los sucesos que en él se desarrollaron –con una súbita oleada de revueltas y eferescencia social sin precedentes– lo convierten en una auténtica bisagra del siglo. Como ya mostró en su estudio *Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz* –todavía una referencia por ser la única monografía hasta la fecha centrada en el 1848 español–, España no fue ajena a esta auténtica «tormenta del 48», si bien la autora restaba importancia a su significado, contenido y trascendencia en el mundo hispano.² Desde la publicación de la citada obra, diversos estudios han vuelto a acercarse al 48 desde otras perspectivas, pero siempre de modo muy transversal, desde otros temas y sin prestarle una atención monográfica.³ 1848 ha quedado como un año en cierto modo

¹ Este artículo es el primer resultado del inicio de una investigación de tesis doctoral que abordará el impacto del ciclo revolucionario de 1848 en España. Agradezco al doctor Carlos Forcadell Álvarez y a la doctora Carmen Frías Corredor las sugerencias, atención y ayuda prestada para la realización y corrección de este trabajo.

² Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, *Los sucesos de 1848 en España*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981.

³ En este sentido destacaríamos, entre otras muchas aportaciones, a Clara Lida, «Los ecos de la República democrática y social en España. Trabajo y ciudadanía en 1848», *Semata. Ciencias Sociales e Humanidades*, 12, 2000, pp. 323-338; Román Miguel González, *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007; Florencia Peyrou, *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008; también de la misma autora *¿Hubo una cultura política transnacional en la Europa del siglo XIX? Aproximación desde España*, ponencia del 13 de diciembre de 2012 realizada en el Seminario de Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Disponible online en

olvidado para la historiografía española, y por lo tanto merecedor de un nuevo estudio que lo revise y rehaiga la visión que hasta ahora hemos tenido del mismo.

Uno de los puntos que es necesario revisar para entender el impacto que el ciclo revolucionario de 1848 tuvo en España es el de su efecto en las provincias, un ámbito que queda algo abandonado en el estudio de Sonsoles Cabeza a favor del relato de los sucesos de la capital. Sin embargo, mientras en Madrid se sucedían las intrigas de corte, mientras se instauraba la dictadura «legal» de Narváez –mediante la «Ley de Poderes Extraordinarios»– y se producían insurrecciones a pie de calle –el 26 de marzo y el 7 de mayo, con repercusiones el 13 de ese mismo mes en Sevilla–, las provincias españolas también vivieron su 48 particular, con sus dinámicas revolucionarias y contrarrevolucionarias no siempre al ritmo de lo que ocurría en la capital. Y en contra de lo que *a priori* puedan hacernos creer los tópicos, será en muchas ocasiones en ese ámbito rural –invisible hasta ahora en los estudios en favor del urbano– donde tengan lugar los sucesos de mayor relevancia e interés para comparar el «48 español» con el europeo.

El objeto de este artículo no es por tanto otro que analizar el impacto que la revolución de 1848 tuvo fuera de Madrid, tomando como muestra la región de Aragón. Teruel, Huesca y Zaragoza –a la que dedicaremos una especial atención como cabeza del territorio y por la abundancia de fuentes– constituyen, por su situación geográfica, su papel en el devenir político del nuevo estado liberal y por su estructura social y económica, un ámbito especialmente interesante a la hora de abordar este primer acercamiento a la «historia local del 48». Aragón, situada al pie de la frontera con Francia y con una capital eminentemente progresista, experimentará los preparativos de una revolución que tratará de coordinarse con los planes insurreccionales de Madrid, y cuando estos fracasen, verá la aparición de una serie de partidas republicanas que intentarán poner en jaque al gobierno moderado. En todo su territorio se extenderá la represión contrarrevolucionaria del gobierno, mientras en el este de la región una nueva guerra carlista llevará a la aparición de facciones carlistas montemolinistas. Estas últimas, en el marco de la *guerra dels matiners*, nos ayudarán a tender de nuevo puentes de comparación con el marco europeo.

<http://www.ucm.es/data/cont/docs/297-2013-07-29-9-12.pdf> [consultado a 17 de marzo de 2015]. En todas ellas se ha rozado el tema del 1848 desde el estudio de la creación de una cultura política democrata-republicana.

La Cincomarzada caliente

Llovía sobre mojado para el gobierno civil de Zaragoza cuando a principios de marzo de 1848 llegó a la ciudad la noticia de la Revolución Parisina, que se dio a conocer en la ciudad en las vísperas de la fiesta civil de la Cincomarzada. En 1848 Zaragoza era una ciudad de cultura política predominantemente progresista, cuya Junta Revolucionaria y clases populares habían tenido un papel destacado durante los ciclos revolucionarios que habían llevado a la instauración del Estado liberal entre 1833 y 1843, y que a la sazón sentía una veneración casi mística por la figura de Baldomero Espartero, hombre fuerte del progresismo.⁴ Era comprensible, por lo tanto, que los representantes del gobierno moderado –con José Fernández Enciso, jefe político de Zaragoza, a la cabeza– considerasen que la noticia de la revolución al otro lado de los Pirineos no llegase en el mejor momento.

Las autoridades moderadas nunca habían visto con buenos ojos la fiesta civil de la Cincomarzada –en la que se celebraba el levantamiento popular que había expulsado de Zaragoza el 5 de marzo de 1838 a las tropas carlistas del general Cabañero– y habían puesto trabas a sus conmemoraciones en la medida que les había sido posible.⁵ La situación había llegado al punto de que en 1847 –el año anterior a los sucesos aquí tratados– el jefe político Javier Oro prohibió durante la misma en un bando las funciones de teatro, reuniones en las calles y los «vivas y muera de cualquier clase».⁶ En vistas de lo sucedido en la anterior Cincomarzada, el nuevo capitán general Enciso promulgó el 20 de febrero un bando muy similar prohibiendo para el día 5 las reuniones en el casco urbano –permitiéndolas sólo en el campo–, así como el dar «vivas o muertas» y el uso de armas, suavizando estas du-

⁴ Para una visión global de Zaragoza durante los años de la revolución liberal, vid. el capítulo que se le dedica en Carlos Forcadell, *Historia de Zaragoza. Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908)*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1998, pp. 27-44. Para una visión más detallada acerca de su papel en los años de la Regencia de Espartero, vid. María Pilar Íñigo Gías, *Zaragoza esparterista (1840-1843)*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1983.

⁵ Sobre la Cincomarzada y los sucesos del 5 de marzo de 1838 es indispensable el reciente trabajo de Raúl Mayoral Trigo, *El cinco de marzo de 1838 en Zaragoza. Aquella memorable jornada...*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014. Una visión más general y divulgativa en Francisco Asín Ramírez de Esparza, *La Cincomarzada*, Zaragoza, Ibercaja, 1989.

⁶ Francisco Asín Ramírez de Esparza, *La Cincomarzada...*, op. cit., p. 75. El alboroto que tanto turbó en 1847 a las autoridades fue la algarabía organizada por un grupo de zaragozanos que, tras pasar el día en el campo como era tradición, entraron por la tarde en la ciudad por el Coso dando vivas a Espartero y a la Constitución de 1837, acompañados de un caballo engalanado con sogas de esparto y enarbolando «una especie de tredeciente con un manojo también de lo mismo» en clara referencia al líder progresista (*El Heraldo*, 9 de marzo de 1847, p. 1 cc. 4-5).

ras medidas con la apertura de un fondo de donativos en beneficio de las víctimas de 1838.⁷

La noticia de los sucesos de Francia sin duda está detrás de que apenas un día antes de la Cincomarzada Enciso volviera a promulgar otro bando endureciendo más aún las medidas contra la fiesta popular, prohibiendo «máscaras, bailes y toda reunión».⁸ Esta era una medida muy en consonancia con la legislación represiva que se estaba poniendo en marcha en Madrid, la «Ley de Poderes Extraordinarios» de Narváez –que otorgaba al general la capacidad de retirar las garantías individuales que establecía la Constitución– que se estaba debatiendo esos mismos días y respondía al miedo al contagio con Francia que experimentaba en esos momentos el gobierno moderado. Era de esperar que en una ciudad tan esparterista como Zaragoza, a la sazón exaltada por el décimo aniversario de la Cincomarzada, cualquier signo de rebelión fuera acogido con entusiasmo.⁹

La policía trabajó con ahínco durante esos días para pulir cualquier signo de subversión: ya el 27 de febrero se detenía a dos individuos por el mero hecho de dar vivas a Espartero,¹⁰ dos días más tarde se detenía a un transeúnte vestido de uniforme que gritaba que «era ya llegada la hora que debían unirse el 5 de marzo y matar a los que se opongan a lo que nosotros propongamos»,¹¹ e incluso la víspera del 5 de marzo la policía entraba en la casa de un ebanista y le hacía quemar allí mismo un busto de Espartero que había estado tallando esos días.¹² Mientras tenían lugar este tipo de actuaciones, la Guardia Civil de la provincia se reconcentró en la capital –al mismo tiempo que las partidas carlistas entraban en Tamarite– y se procedía a la confiscación de la totalidad de las armas de las tiendas de armeros.¹³ Para completar el cuadro de vigilancia y control férreo sobre la población, la Guardia Civil patrullaba desde el día 3 las calles de Zaragoza hasta

⁷ *La Esmeralda*, 20 de febrero de 1848, p. 2 cc. 1-2.

⁸ *El Clamor Público*, 7 de marzo de 1848, p. 2 c. 5.

⁹ El fervor que Zaragoza sentía por Baldomero Espartero quedó bien reflejado en la comisión de representantes zaragozanos que acudió a su residencia en Logroño el día 3 de marzo con el fin de entregarle una carta de felicitación con encuadernación de lujo firmada por 2816 admiradores (*El Eco del Comercio*, 17 de marzo de 1848, p. 4 c. 2). La prensa conservadora especuló con las verdaderas intenciones de esta visita, detrás de la cual vio un intento de animar a Espartero para una sublevación en Zaragoza en el aniversario del 5 de marzo (*El Herald*, 10 de marzo de 1848, p. 2 c. 3).

¹⁰ Hoja de detención de Francisco Daroca y Sebastián Barroga, Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, *Vigilancia detenidos*, caja XVI 1128. Uno de ellos estaba embriagado por haber merendado con dos amigos.

¹¹ Hoja de detención de Mariano Maicar (1 de marzo de 1848), Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, *Vigilancia detenidos*, caja XVI 1128.

¹² *El Clamor Público*, 7 de marzo de 1848, p. 2 c. 5; p. 3 c. 1.

¹³ *El Clamor Público*, 7 de marzo de 1848, p. 3 c. 1.

la medianoche, «con la orden expresa de hacer uso de las armas en el caso de que la presentación de algún grupo obstinado lo requiriese». ¹⁴ Incluso la prensa nacional se hacía eco del clima de tensión que vivía Zaragoza esos días.

Sea como fuere, lo cierto es que la Cincomarzada de 1848 transcurrió sin ningún incidente; hubiera sido sorprendente lo contrario, teniendo en cuenta las altas medidas de seguridad desplegadas. La prensa recogió este hecho: en el caso de la moderada situando a Zaragoza como ejemplo de que «el pueblo español es demasiado sensato y sobrado leal para amotinarse contra un gobierno tolerante, conciliador y que se ocupa con empeño en conservar su tranquilidad y su paz», ¹⁵ y aprovechando para señalar que la ausencia de un levantamiento en Zaragoza era un «chasco» para el progresismo. A pesar de la tranquilidad en la que los corresponsales insistían, no debió de ser una jornada exenta de tensión: el mismo *El Heraldo* reconocía que «a las ocho (de la noche) se oyeron varios tiros en diferentes sitios de esta capital, habiéndose alarmado los vecinos de las calles en que se dispararon». ¹⁶

Una vez pasada la prueba de la Cincomarzada, sin duda un momento de tensión para el gobierno de Narváez –su relevancia queda patente en el espacio que le dedicaba diariamente la prensa madrileña–, la vigilancia se mantuvo durante los días siguientes en Zaragoza, pese a la ausencia de un motín real. Una de las medidas llevadas a cabo en estos días fue la expulsión de individuos de la ciudad, como en el caso de un anónimo progresista turolense al que el jefe político Enciso había expulsado «en razón a que las circunstancias lo exigían». El asunto llegó hasta el Senado, donde uno de los senadores denunció la persecución que se estaba llevando a cabo en las provincias contra los progresistas. ¹⁷ No era para menos: el 23 de marzo de 1848 se escribía desde la embajada española en París a Madrid advirtiendo de la formación de un centro revolucionario en Zaragoza –en el documento aparecían los nombres de varios implicados– que preparaba una inminente insurrección. ¹⁸

La insurrección tendría lugar apenas tres días más tarde, pero no en Zaragoza, sino en la capital, en una acción que llevaría al ejército a enfrentarse con las barricadas en pleno centro de Madrid –mientras la

¹⁴ Así lo informaba el corresponsal de *El Faro*, cuyo testimonio recogía *El Católico*, 7 de marzo de 1848, p. 8 c. 2.

¹⁵ *El Popular*, 7 de marzo de 1848, p. 2 c. 3, p. 3 c. 1.

¹⁶ *El Heraldo*, 5 de marzo de 1848, p. 2 c. 5.

¹⁷ *El Popular*, 15 de marzo de 1848, p. 3 c. 1. También refleja el suceso *El Eco del Comercio*, 17 de marzo de 1848, p. 3 c. 4.

¹⁸ Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, *Los sucesos...*, op. cit., p. 100. El documento en cuestión aparece además reproducido en su anexo de la p. 246.

propia reina Isabel daba un paseo por el Prado¹⁹ y que no haría sino acrecentar la represión gubernamental. En respuesta a lo ocurrido en Madrid, José Fernández Enciso volvió a poner en vigor el bando de la Cincomarzada, devolviendo a Zaragoza al estado de sitio en el que había estado sumida a principios de mes.²⁰ Tras la vuelta a las duras condiciones represivas ordenada por el jefe político Enciso, se empezaron a producir los primeros destierros de sospechosos desde Zaragoza. El 1 de abril era encerrado en la Aljafería el brigadier Antonio Ibarz –al que en la carta del embajador en París se le acusaba de querer organizar un levantamiento en el Alto Aragón–, y se expulsaba a veinte personalidades notables de la ciudad (tres de ellos mencionados también en la citada carta de París), que fueron enviados a diversos puntos fuera de la provincia.²¹

La revolución de las aulas

Fue en medio de este clima generalizado de tensión –siguiendo las fuentes hemerográficas podemos comprobar cómo en Valencia y Barcelona el ambiente y las medidas tomadas por los jefes políticos fueron muy similares– cuando aconteció uno de los sucesos que podemos considerar principales dentro del 48 español, y que sorprendentemente la historiografía ha parecido pasar por alto: las protestas estudiantiles de finales de marzo y principios de abril de 1848.²² El primer y principal de estos altercados tuvo lugar el 29 de marzo en Barcelona, donde los estudiantes se encerraron en la universidad tras manifestarse por motivos en principio académicos, pero resultando finalmente en una carga del ejército en plena calle en la que se oyeron vivas a la República –por parte de varios paisanos que se les unieron– y «a las reformas», pese a que los propios estudiantes trataron de dejar claro que su movimiento no era político.²³ Si el movimiento careció de este significado político, desde luego no debía de ser ese el pensamiento de las autoridades, que pasaron orden a las redacciones de los periódicos para que «en la sección de noticias extranjeras no se hable

¹⁹ *Ibidem*, p. 83.

²⁰ *El Heraldo*, 1 de abril de 1848, p. 2 c. 3.

²¹ *El Heraldo*, 4 de abril de 1848, p. 3 c. 4; *El Clamor Público*, 4 de abril de 1848, p. 2 c. 5, p.3 c.1. Los desterrados fueron José Marraco, Pedro Laforga, Simón Gimeno, Mariano Gil y Alcaide, Mariano Santa María, Fermín Íñigo, Tomás Carrasco, Pablo Ortubia, Florencio Íñigo y Esteban Lacasa. *El Clamor Público*, 18 de abril de 1848, p. 2 c. 2 eleva a veinte la cifra de exiliados de la ciudad entre este día y el anterior.

²² El único que hasta ahora les hace mención explícita es Antonio Eiras, que tacha al suceso de «grotesca algarada estudiantil» restándole importancia y negándole todo contenido ideológico (Antonio Eiras, *El Partido Demócrata español (1849-1868)*, Madrid, Rialp, 1961, p. 150).

²³ *El Clamor Público*, 4 de abril de 1848, pp. 1-2.

de combates del pueblo contra la tropa, de barricadas, etc.». ²⁴ El 3 de abril el movimiento llegaba a Valencia, donde se prolongó a lo largo de varios días que incluyeron una huelga estudiantil abierta.

En Zaragoza podemos remontar la involucración universitaria en la protesta contra el gobierno hasta el 24 de marzo, cuando –justo antes de la sublevación de Madrid– 80 jóvenes de la ciudad escribieron una misiva de felicitación a la recién creada República Francesa, ofreciendo «tributo de nuestra admiración» a los «heroicos parisienses» por haber «proclamado los grandes principios, que hacen hermanos en Jesucristo y la libertad a todas las naciones». ²⁵ Esta carta fue leída públicamente en una manifestación de los demócratas españoles en París junto al Hôtel de Ville, donde fueron recibidos por el ministro Alphonse de Lamartine –a quien la delegación española entregó una bandera tricolor como homenaje. ²⁶ Conmovido, Lamartine respondió resaltando la hermandad entre Francia y España iniciando su discurso con la frase «Ya no hay Pirineos». ²⁷ Ni que decir tiene que esta misiva y el acto que rodeó a su lectura provocaron la indignación de la prensa moderada, que se lamentaba de «que feliciten al pueblo francés algunos zaragozanos, hijos espúreos de los que con tanto heroísmo combatieron en Zaragoza». ²⁸ Alrededor de dos semanas más tarde era detenido Francisco Larraz, uno de los firmantes, que había sido requerido por este motivo por el jefe político, donde «parece se expresó con visible desmesura». Esta conducta le valió el destierro a Barcelona. ²⁹

Por influencia de los sucesos ocurridos en esta última ciudad y en Valencia, el 10 de abril comenzaron los primeros tumultos estudiantiles en la Universidad de Zaragoza. ³⁰ Según lo que deducimos de la prensa escrita, por la mañana hubo una pegada de carteles y se repartió un manifiesto en verso cuyo contenido no se especifica, ³¹ cul-

²⁴ *El Clamor Público*, 4 de abril de 1848, p. 1 c. 4.

²⁵ *El Heraldo*, 2 de abril de 1848, p. 2 c. 3; *El Clamor Público*, 14 de abril de 1848, p. 2 cc. 3-5.

²⁶ Los pormenores fueron recogidos por un tal *citoyen* Perreymond en el panfleto *L'Espagne démocratique: compte rendu des manifestations du 26 mars et du 11 avril 1848 par le citoyen Perreymond*, París, Imprimerie Centrale de Napoléon Chaix et Cie, 1848, pp.15-16. Disponible en línea en la Bibliothèque Nationale de France <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57890777/f2.image> [consultado a 7 de julio de 2015].

²⁷ *Ibidem*, p.16. Este discurso de Lamartine da título al presente artículo.

²⁸ *El Heraldo*, 2 de abril de 1848, p. 2 c. 3.

²⁹ *El Heraldo*, 15 de abril de 1848, p. 3 c. 4.

³⁰ La principal referencia para la historia de la Universidad de Zaragoza durante este período sigue siendo el capítulo de Carlos Forcadell, «La Universidad de Zaragoza en la época isabelina (1845-1868)», en VVAA, *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Madrid, Editora Nacional, 1983, pp. 261-287. Sin embargo, en esta obra se pasan por alto las protestas estudiantiles que tuvieron lugar durante el siglo XIX.

³¹ «Todos estos documentos notables sospechóse tenían por objeto azuzar los ánimos de los escolares para pedir en actitud brusca la rebaja o el no pago del segundo plazo de la matrícula y destitución de algunos decanos.» (*El Heraldo*, 15 de abril de 1848, p. 3 c. 3).

minando la jornada con los estudiantes dando vivas en el patio de la universidad ante la escandalizada presencia del rector. Dos estudiantes de filosofía y jurisprudencia fueron arrestados por esta muestra de insubordinación.³² Los tres periódicos consultados coinciden en restarle importancia a la algarada: en uno de ellos los gritos eran contra el bedel, en otro no se especifican y en *El Clamor Público* –el más progresista– no fueron más que «dos o tres vivas sin objeto, dados a las vacaciones que tanto apetecen generalmente a los escolares».³³ Al día siguiente, 11 de abril, el rector Eusebio Lera proclamó un bando con varios puntos en los que se amenazaba con la expulsión inminente de la universidad a los que acudiesen vestidos «con gorra o traje expresamente prohibido», entre otras normas de carácter restrictivo similares.³⁴ Ese mismo día, al abrirse las puertas de la universidad, la Guardia Civil formó en pelotones «temiendo sin duda una conflagración general, pero los estudiantes acudieron como de costumbre y no ha sido necesario el uso de la fuerza armada»,³⁵ mientras en las inmediaciones de la universidad –es decir, alrededor de la Plaza de la Magdalena– se habían «situado retenes de tropas y de la guardia civil para sostener y prestar apoyo».³⁶ Tal vez influyera en este «despliegue policial» que ese mismo día hubieran acudido el resto de firmantes de la carta de felicitación a Francia –«los individuos que hasta la fecha no han sido desterrados de Zaragoza»– ante el jefe político para protestar por el destierro de su compañero.³⁷

Hasta aquí llegó la protesta estudiantil de abril de 1848 en Zaragoza, una leve consecuencia de las de Barcelona y Valencia, mucho más intensas, pero no por ello de menor interés. Si seguimos la tipología que establece E. González Calleja para las movilizaciones estudiantiles de la España contemporánea, podríamos clasificar la del 48 en un punto intermedio entre la llamada «movilización troyana» –la algarada académica estudiantil– y la «movilización corporativa escolar», ya que encontramos en ella rasgos vinculados a razones ideológicas.³⁸ El interés de la protesta estudiantil del 48, de la que solo hemos visto en detalle su ramificación zaragozana, no sólo reside en ser la primera

³² El relato de los hechos está extraído de *El Heraldo*, 15 de abril de 1848, p. 3 c. 3; *El Popular*, 13 de abril de 1848, p. 3 c. 1; *El Popular*, 14 de abril de 1848, p. 2 c. 2; *El Clamor Público*, 15 de abril de 1848, p. 2 c. 4.

³³ *El Clamor Público*, 15 de abril de 1848, p. 2 c. 4.

³⁴ *El Heraldo*, 14 de abril de 1848, p. 3 c. 5.

³⁵ *El Clamor Público*, 15 de abril de 1848, p. 2 c. 4.

³⁶ *El Heraldo*, 15 de abril de 1848, p. 3 c. 3.

³⁷ *El Clamor Público*, 15 de abril de 1848, p. 2 c. 4.

³⁸ Eduardo González Calleja, «Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España (1865-1968)», *Ayer*, 59, 2005, pp. 23-24. El término «troyano» surgió a finales de los años 20 para definir al estudiante desmovilizado políticamente y pendenciero.

gran movilización estudiantil de la España contemporánea,³⁹ sino en sus veladas connotaciones políticas. Si bien no están explícitas en la protesta en sí, podemos encontrar en ellas otras cuestiones entrelazadas que nos insinúan su relación con los sucesos europeos. Por solo citar dos claros ejemplos: es significativa la connivencia de parte de los transeúntes barceloneses con los estudiantes al grito de «¡Viva la República!», o la fuerte represión militar desplegada para contrarrestar las algaradas estudiantiles –incluso en casos, como en Zaragoza, en que resulta obviamente desproporcionada– que demuestra una clara inquietud por parte de las autoridades. Unas autoridades que de cara a la galería despreciaban la relevancia de los sucesos estudiantiles, pero que estaban muy atentas al ser prevenidas por el propio gobierno central de la posibilidad de una inminente sublevación en las universidades, como podemos deducir de documentación reservada del jefe político de Zaragoza firmada por el propio Sartorius en la que se da permiso para expulsar, amonestar e incluso utilizar al ejército –con prudencia, eso sí– en el caso de que «los estudiantes de esa Universidad llevados del ejemplo de los de otras extranjeras y de las sugerencias de hombres pacíficos alterasen el orden con gritos subversivos u otras demostraciones tumultuosas».⁴⁰ Las autoridades locales y estatales tenían por lo tanto bien presente el paralelismo entre los movimientos estudiantiles en España y los que estaban teniendo lugar en esas mismas fechas –que en España coincidieron con el recrudecimiento del control policial del régimen de Narváez– en el resto de Europa.

El puño cerrado de Enciso

Las persecuciones a personas que el gobierno consideraba afectas al partido progresista continuaron durante el resto de la primavera de 1848, con los consecuentes arrestos y deportaciones, mientras la ciudad se iba llenando cada vez más de soldados en el marco de una guerra carlista cuyo escenario –y cuyas partidas– avanzaban cada vez más hacia el oeste. Desde finales de marzo los retenes y patrullas del ejército a lo largo de la ciudad por la noche se hicieron más constantes: el corresponsal de *El Clamor Público* informaba de que sólo en la Plaza de la Constitución –actual Plaza de España– había un retén de 18 jinetes «prontos al menor ruido», desde el anochecer hasta el alba.⁴¹ Los rumores de intentos de sublevación, infundados o no, aparecen de vez en cuando en las cartas de los corresponsales, sin llegar

³⁹ Eduardo González Calleja, en el artículo ya citado, p. 26, cita en 1852 los primeros incidentes. En este artículo pretendo adelantar cuatro años esta fecha.

⁴⁰ Circular gubernamental de Luis José Sartorius al jefe político de Zaragoza, 1 de abril de 1848, Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, *Vigilancia-Negociado* General subsecretaría, caja XVII-1263.

⁴¹ *El Clamor Público*, 18 de abril de 1848, p. 2 c. 2.

nunca a estallar en ningún momento un enfrentamiento directo con las patrullas.

Los continuos controles y registros llevados a cabo por las autoridades dieron sus frutos en forma de hallazgos ocasionales de material listo para la insurrección: a finales de mayo la policía encontraba un depósito de armas en un pozo negro de la Audiencia con 69 sables y 19 fusiles,⁴² un episodio que debió de ser habitual en la ciudad. Aparte de armas, las autoridades encontraron también ropa de uniformes: 34 chaquetas y pantalones, junto con varias banderolas rojas para los lanceros, fueron encontrados en un almacén de la ciudad en julio.⁴³ Sin embargo, la cara más visible de la represión fueron los continuos destierros de sospechosos a la ciudad, que iban a parar en cuerdas de prisioneros a localidades de otras provincias, y especialmente Valencia, desde donde se les embarcaba con rumbo a Filipinas. Incluso a través de un vehículo controlado por el gobierno como la prensa –especialmente a partir de la «Ley de Poderes Extraordinarios»– es posible seguir estas condenas de exilio que se convertirán en una de las expresiones más duras del régimen dictatorial de Narváez.

En la prensa aparece reflejada la expulsión de la ciudad el 17 de abril de varios oficiales pertenecientes a un antiguo «batallón sagrado» formado en 1843, en el marco de la Junta Revolucionaria de Zaragoza, de los cuales se decía que «por falta de sueldo y pensión les ha sido preciso apelar a la caridad pública para ir a su destino»;⁴⁴ en este caso quedaban claras las sospechas que motivaban la condena. Otros expulsados de la ciudad, como el llamado Mr. Caen, no lo tuvieron tan claro, y hubieron de recurrir al capitán general –Fernando de Norzagaray– como «protector de extranjeros», sin que se le diera ninguna solución a la repatriación.⁴⁵ La justificación de la expulsión de un individuo exclusivamente por su nacionalidad francesa no era una excepcionalidad: el 1 de abril el jefe político de Barcelona ya había ordenado la repatriación de todo extranjero sin trabajo o sin medio conocido de ingreso que hubiese llegado en el año de 1848 a la ciudad.⁴⁶

Varios de los condenados por motivos políticos en 1848 llegarían a ocupar puestos de importancia en la vida política y cultural de Aragón durante las décadas siguientes, si no lo habían hecho ya a la altura de aquel año. Personajes desterrados por Enciso como el magnate Mariano Santa María o el ex alcalde José Marraco, miembros de la progre-

⁴² *La Esmeralda*, 25 de mayo de 1848, p. 3 c. 2.

⁴³ *El Popular*, 19 de julio de 1848, p. 4 c. 2; *El Popular*, 21 de julio de 1848, p. 3 c. 3.

⁴⁴ *El Clamor Público*, 25 de abril de 1848, p. 2 c. 5.

⁴⁵ Según informa el corresponsal, el capitán general le respondió «que no entendía de nada, que callase y tomara la diligencia para su país» (*El Clamor Público*, 18 de abril de 1848, p. 3 c. 4).

⁴⁶ *El Clamor Público*, 7 de abril de 1848, p. 1 c. 3.

sía zaragozana, tendrían papeles protagonistas en la futura revolución de 1854, de la que Zaragoza sería uno de los principales epicentros.⁴⁷ Otro protagonista de la Junta Revolucionaria de 1854, el catedrático Jerónimo Borao y Clemente, recordaba en el prólogo de su *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854* haber sido perseguido por motivos políticos «con ocasión de los acontecimientos de París y Madrid», y dejaba en esa misma obra una vívida descripción de la represión experimentada por la ciudad en 1848, que aunque extensa merece ser reproducida:

En este pueblo (Zaragoza) se había sufrido la dominación política de los Oros, Forondas, Encisos, y Rodas y la militar de los Bretones y Norzaágaray, los cuales no reconocieron otra ley que su capricho, ni otro medio de gobernar que los destierros, las prisiones, los insultos y todo linaje de atropellos: se había llevado a cabo la espantosa persecución de 1848, tan notable por lo injustificada como por lo sañuda, y en que compitieron dignamente en inconsideración desde el petulante Enciso hasta el último de sus esbirros: se había hecho ludibrio de las leyes desde condenar a presidio a quien buscaba la Constitución con una luz hasta hollar los principios elementales de la equidad y la justicia en la rectificación de las listas electorales; se había tratado a la noble ciudad de Zaragoza como un pueblo de ilotas, como una tribu de salvajes, hasta el punto de que los Jefes Políticos manifestaran su profunda extrañeza cuando, venidos a mandarnos, encontraban que había personas tratables, y que aquí no se asesinaba a la luz del día, ni nos devorábamos los unos a los otros; se había abolido la fiesta cívica del *Cinco de Marzo*, día memorable en que el pueblo abandonado a sí propio, había asegurado la corona de Isabel II, a quien fuera tal vez arrebatada si aquí fijara su corte el Pretendiente; se había exagerado la censura contra las obras del pensamiento hasta un punto vergonzoso; se había infestado la población con el hálito de la policía secreta, para la cual, o para servicios de ese jaez, cuando no para provecho particular, se destinaban algunas sumas [...]. Todavía es muy descolorida, comparada con la verdad, que por desgracia sabemos a nuestra costa, la pintura que hemos hecho del estado a que fue reducida Zaragoza durante once años indistintos, en que no hubo un día de tregua ni reposo para los hijos de este pueblo calumniado.⁴⁸

Otro conocido literato aragonés, el turolense Braulio Foz, fue condenado al destierro en Filipinas por motivo de su poca afección al régi-

⁴⁷ Vicente Pinilla Navarro, *Conflictividad social y revuelta política en Zaragoza (1854-1856)*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1985, pp. 64-66.

⁴⁸ Jerónimo Borao y Clemente, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*, Zaragoza, Imprenta Santiago Ballés, 1855, pp. 26-28. Un estudio biográfico reciente de la figura de Jerónimo Borao en José Eugenio Borao Mateo, *Jerónimo Borao y Clemente (1821-1878). Escritor romántico, catedrático y político aragonés*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014.

men de Narváez, pena que nunca llegaría a cumplir.⁴⁹ La represión no fue exclusiva de las personas: el 30 de mayo una Real Orden ordenaba la clausura de las sociedades o tertulias patrióticas de la provincia.⁵⁰

En este punto resulta oportuno echar un vistazo a la figura del jefe político de Zaragoza, José Fernández Enciso, cuya personalidad y aspiraciones tuvieron en mi opinión mucho que ver con la dureza de su actuación. Su mandato en Zaragoza debió de resultar muy impopular –por obvias razones– a la población, entre la que circulaban rumores de todo tipo sobre su figura: en uno de ellos se aseguraba que se había hecho construir en su palacio dos salidas traseras con el fin de poder escapar fácilmente en caso de una sublevación.⁵¹ Otros rumores –a la altura de mayo, mientras se producía la segunda insurrección de Madrid– hablaban incluso de un complot para su asesinato.⁵² Estas anécdotas, si bien carecen de veracidad, nos dan una idea de la imagen que en las calles de Zaragoza se tenía del gobernador Enciso. Una imagen autoritaria y algo estrafalaria que por lo visto él mismo mostraba a los condenados que llamaba a su presencia, como refleja el discurso a dos de ellos que recogió un corresponsal:

¿Ven ustedes esta mano? Pues aquí tengo a Zaragoza. ¿Quiero que se diviertan los zaragozanos? Abro un dedo (y lo abría). ¿Quiero que gocen más aún? Pues abro la mano. Por el contrario, ¿quiero tenerlos sujetos? Entonces cierro la mano y los tengo aquí guardados... y al decir esto último daba un puñetazo sobre la mesa, acompañando sus palabras de la gesticulación necesaria, pero exageradísimo.⁵³

Si Enciso se excedió en el control militar sobre Zaragoza, desde luego no fue esta la opinión del gobierno de Narváez, que lo premió en julio nombrándolo superintendente de policía de Madrid (un cargo, a la sazón, recién creado) con solo treinta y seis años de edad. Para el conservador *El Popular*, al retirarse Enciso de la capital aragonesa quedaba «suspendida la losa que tenía aplastada en esta provincia la revolución».⁵⁴ El fulgurante ascenso llevó al escritor Ayguals de Izco a

⁴⁹ Braulio Foz, *Vida de Pedro Saputo*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2010, p. XXXVII del prólogo de J.L. Calvo Carilla. Este autor no ha logrado encontrar documentación de esta condena, de la que según dice le salvó la intercesión de sus amigos.

⁵⁰ Nota informando de Real Orden (30 de mayo de 1848), Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, *Expedientes varios de vigilancia*, caja XVI 1130.

⁵¹ *El Clamor Público*, 27 de abril de 1848, p. 2 c. 3.

⁵² *El Herald*, 14 de mayo de 1848, p. 3 c. 3.

⁵³ *El Clamor Público*, 25 de abril de 1848, p. 2 c. 5. Teniendo en cuenta lo ya comentado sobre la peculiar personalidad de Enciso, en el caso de que la anécdota fuera apócrifa, desde luego *se non è vera, è ben trovata*.

⁵⁴ *El Popular*, 12 de julio de 1848, p. 3 c. 2.

afirmar casi siete años más tarde que «este polizonte muy célebre por sus actos de crueldad» había hecho méritos en Zaragoza persiguiendo liberales para lograr este nombramiento.⁵⁵

Hasta ahora nos hemos ocupado de la ciudad de Zaragoza, capital de Aragón y epicentro de las acciones del gobierno sobre sus tres provincias. Sin embargo, este relato no debe inducirnos a pensar que la represión y el autoritario control del gobierno de Narváez fueron exclusivos de la capital –debido a su pasado de progresismo espartarista–, sino más bien todo lo contrario. Las otras ciudades aragonesas y el ámbito rural experimentaron sucesos similares, si bien no con la misma intensidad y protagonismo a nivel nacional. En Teruel, por ejemplo, el círculo de demócratas que se había formado alrededor de la figura del canario Víctor Pruneda fue vigilado de cerca por el jefe político Membrado, con los consiguientes registros, secuestros de correspondencia y acantonamientos de la Guardia Civil en la ciudad, donde se llegó a temer un levantamiento entre marzo y abril. La madrugada del 20 de mayo de 1848 el propio Pruneda era desterrado a Morella, quedando desmantelado así el progresismo en Teruel.⁵⁶

Como ya hemos señalado, la vigilancia javertiana de los jefes políticos no se ciñó solamente a las ciudades, y extendió su presión y su red de observadores por el ámbito rural aragonés: el jefe político Enciso escribía en abril una carta al alcalde de Illueca exigiéndole que investigase a los supuestos autores de los «vivas a la República y mueras al gobierno» que se habían escuchado una noche en esa misma localidad (por supuesto, el alcalde negó en todo momento lo ocurrido).⁵⁷ La vigilancia sobre los pueblos se fue haciendo cada vez más estrecha, conforme las actividades revolucionarias fueron desplazándose hacia el ámbito rural. Sería precisamente aquí, en el campo, donde tendrían lugar los principales hechos de la segunda fase del 48 en Aragón.

La revolución en el campo

Hasta ahora hemos visto cómo el gobierno de Narváez, a través de su gobernador el jefe político Enciso y su aparato policial y represivo,

⁵⁵ Wenceslao Ayguals de Izco, *El palacio de los crímenes ó el Pueblo y sus opresores*, Tomo I, Madrid, Imprenta de Ayguals de Izco hermanos, 1855, p. 179.

⁵⁶ José Ramón Villanueva, *Víctor Pruneda. Una pasión republicana en tierras turolenses*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2001, pp. 117-132. El círculo republicano de Teruel, con el canario Víctor Pruneda a la cabeza, había celebrado con brindis y cánticos los sucesos de la Revolución Parisina, lo que llevó al jefe político a amenazarles con destruir el piano que poseían en su fonda. Carta del jefe político de Zaragoza a Ramón Mínguez, alcalde de Illueca (18 de abril de 1848), Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, Vigilancia detenidos, caja XVI 1128.

⁵⁷ Carta del jefe político de Zaragoza a Ramón Mínguez, alcalde de Illueca (18 de abril de 1848), Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, *Vigilancia detenidos*, caja XVI 1128.

logró mantener el orden en Zaragoza desarbolando toda tentativa de sublevación; pero apenas hemos mencionado en qué consistía el auténtico proyecto de insurrección que se había estado gstando en los círculos republicanos y progresistas. Lo cierto es que –como señalaban los despachos del embajador de París– el plan de sublevación que se había planteado debería haber implicado a las principales ciudades españolas, pero en el momento de su realización la prontísima reacción del gobierno logró desarbolar el movimiento y desorganizarlo. El único –y precipitado– resultado fueron las insurrecciones de marzo y mayo en Madrid y Sevilla, que no lograron arrastrar a las demás ciudades y fueron ahogadas por el ejército leal a Narváez. Es en este momento, con las ciudades bajo el control férreo de la policía y el ejército, cuando la estrategia republicana entra en una segunda fase, optando por la formación de partidas de guerrilleros en el campo que subleven los pueblos con el fin de llegar «desde fuera» a las ciudades.⁵⁸ A finales de mayo el ministro Sartorius –presintiendo la nueva estrategia que los revolucionarios seguirían durante el resto de 1848– ya advertía en una carta al jefe político de la necesidad de armar milicias en los pueblos para que «patrullen y conserven el orden dentro de las poblaciones a fin de que las fuerzas del ejército puedan emplearse exclusivamente en la persecución de los nuevos facciosos», combatiendo a las partidas republicanas que se esperaban en el ámbito rural.⁵⁹

En este contexto, los valles pirenaicos se convierten en un punto clave para el contrabando de armamento –cortesía del gobierno británico–⁶⁰ desde el sur de Francia, donde los *émigrés* republicanos trabajaban en ciudades como Perpignan, Bayona u Oloron para coordinar las nuevas insurrecciones. En esta última ciudad se reunió el militar gaditano J.M. Ugarte con una serie de personalidades –que incluían al *dandy* y millonario Marqués de Salamanca– para gestionar la entrada

⁵⁸ Esto es lo que Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz llama «epílogos republicanos», aunque aquí opto por referirme a estos sucesos como una segunda fase de la revolución de 1848 en España. Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, *Los sucesos...*, *op. cit.*, p. 107.

⁵⁹ Circular gubernamental de Luis José Sartorius al jefe político de Zaragoza (18 de mayo de 1848), Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, *Arbitrios de la Milicia Nacional*, caja X-603. Agradezco a Daniel Aquillué el hallazgo fortuito –y afortunado– de este documento, trasapelado en una caja no relativa al año 1848.

⁶⁰ La participación inglesa en la conspiración revolucionaria de 1848 fue coordinada alrededor del embajador inglés en Madrid, Henry Bulwer, que sería expulsado en mayo por orden de Narváez debido a sus actividades conspirativas. No obstante, creo que sería injusto y poco realista adjudicar la mayor parte de la autoría al gobierno británico, como parece querer hacer en ocasiones Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz. Desde este punto de vista, y según un discurso que beneficia al gobierno de Narváez, las insurrecciones de 1848 se debieron a conspiraciones de salón y manejos en el seno de la embajada británica antes que a la existencia de un movimiento social en el seno del propio país. La participación inglesa fue pues importante, pero en ningún caso decisiva.

de partidas y armas en territorio aragonés a través de los valles de Echo y Ansó.⁶¹ No era la primera vez que se desarrollaban este tipo de actividades entre los dos valles: ya en abril y mayo habían tenido lugar escaramuzas entre el ejército y los «contrabandistas», que habían provocado una intervención policial militar desde las plazas de Pamplona y Zaragoza.⁶² Según el plan de Ugarte, un joven militar oscense llamado Manuel Abad Goded debía de contactar con él en las inmediaciones de la selva de Oza, donde recogería las armas que él había dispuesto y desencadenaría la insurrección.⁶³ Sin embargo, Manuel Abad no se presentó a la cita por razones que no están demasiado claras.

Suficiente se ha escrito ya, y con detalle, sobre los sucesos que protagonizó la partida de Manuel Abad a lo largo del territorio oscense, por lo que aquí no me detendré a relatarlos con especial atención.⁶⁴ Mientras se preparaba en el Pirineo la insurrección, en Borja se produjo la noche del 22 de octubre un levantamiento pacífico de signo republicano –que debía coordinarse con las acciones de Manuel Abad–, con la connivencia de gran parte del consistorio.⁶⁵ Inmediatamente se preparó una partida de cien hombres que recorrió los pueblos de la comarca del Moncayo al grito de «Viva el Pueblo Soberano». ⁶⁶ Casi simultáneamente, el día 25 se sublevaba Ejea de los Caballeros, donde

⁶¹ Aurelio Biarçe López, «Los episodios revolucionarios del Alto Aragón: el movimiento republicano de 1848», en *Estado Actual de los Estudios sobre Aragón. Actas de las Primeras Jornadas*, Zaragoza, 1978, pp. 549-550.

⁶² *La Esperanza*, 28 de abril de 1848, p. 3 c. 2, se hacía eco de este suceso, que se repetiría a lo largo de las semanas siguientes. No era la primera vez que Ansó y Echo eran centros conspirativos: ya lo habían sido al inicio de la Década Moderada, con una insurrección fallida que tuvo lugar en 1844. José María Ugarte, protagonista y relator de aquellos hechos, sería más tarde el coordinador de la conspiración altoaragonesa del 1848. Vid. Aurelio Biarçe López, «Los episodios revolucionarios del Alto Aragón: sucesos de los valles de Hecho y Ansó (1844)», en *Estado Actual de los Estudios sobre Aragón. Actas de las Primeras Jornadas*, Zaragoza, 1978, pp. 547-548.

⁶³ Aurelio Biarçe López, «Los episodios revolucionarios del Alto Aragón...», *op.cit.*, p. 548.

⁶⁴ Aparte del breve informe ya citado de A. López Biarçe –el primero en llamar la atención sobre la acción republicana de otoño del 1848– un relato detallado de lo ocurrido y su contexto histórico se puede encontrar en Alberto Gil Novales, «Huesca decimonónica. 1808-1874», en Carlos Laliena (coord.), *Huesca. Historia de una ciudad*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca, 1990 pp. 333-360; Javier Lambán, «Orígenes del republicanismo en Ejea de los Caballeros. Los sucesos de 1848», *Suesetania*, 20, 2001, pp. 125-143 y Herminio Lafoz, «1848: Republicanismo y revolución democrática. Reflexiones sobre el caso aragonés», *Avempace. Revista de investigación y reflexión*, 1, 1990, pp. 85-96. Estas han sido las principales fuentes para la breve relación de los sucesos aquí escrita.

⁶⁵ Rafael García afirmaba «que las autoridades tenían conocimiento de todo y hasta algunos se hallaban comprometidos», lo que es indicativo del nivel de arraigo que tenía el republicanismo en el ámbito rural aragonés (Rafael García, *Datos cronológicos para la historia de la M.N., M.L. y F. Ciudad de Borja*, Zaragoza, Establecimiento tipográfico del hospicio, 1902, p. 258).

⁶⁶ Pedro Rújula y Herminio Lafoz, *Historia de Borja. La formación histórica de una ciudad*, Zaragoza, Ayuntamiento de Borja, 1995, p. 320.

confluyeron varias partidas procedentes de diferentes pueblos de las Cinco Villas, al frente de las cuales se puso Manuel Abad.⁶⁷ En ese momento comenzó una persecución del ejército –que venía pisándoles los talones– que culminó la toma de Huesca el 30 de octubre. Ante la imposibilidad de mantener la plaza, la partida abandonó la ciudad al día siguiente, para acabar atrincherada en el castillo de Siétamo combatiendo al ejército isabelino. Tras ser capturados, los prisioneros fueron conducidos a Huesca, donde trece fueron fusilados en las Eras de Cáscaro (en la actual Calle Desengaño) entre el día 5 y el 7 de noviembre, seis de ellos a sorteo. 172 de ellos fueron enviados a Valencia en una cuerda de presos, con el fin de ser desterrados a Filipinas: Víctor Pruneda, a quien ya hemos hecho mención, los vio pasar de esta guisa a la altura de El Poyo del Cid, lo que le llevaría a denunciar a través de la prensa el maltrato que sufrían los represaliados enviados al exilio.⁶⁸ Mientras tanto, el capitán general ordenaba que se dismantelase el ayuntamiento de Borja por su «falta de previsión» ante el levantamiento, previo pago de indemnizaciones por los bienes capturados por los rebeldes.⁶⁹

Pese a la poca importancia que se le ha dado en la historiografía fuera del ámbito local –Cabeza Sánchez Albornoz la pasa por alto–, la cabalgada de Manuel Abad puede considerarse el canto de cisne de los intentos insurreccionales republicanos en 1848. A pesar del logro de haber llegado a conquistar una capital provincial –algo que ningún otro movimiento había logrado–, la insurrección en sí fue un estrepitoso fracaso, en el que la descoordinación entre los focos llevó a la partida de Manuel Abad al fatídico desenlace de las Eras de Cáscaro.

Algunas consideraciones sobre el montemolinismo en 1848

Antes de terminar este repaso por los intentos revolucionarios que tuvieron lugar en Aragón y su –prematura o posterior– represión, creo necesario centrar nuestra atención en un fenómeno que resultó decisivo para el curso de los acontecimientos del año 1848, que tuvo en el Aragón Oriental –especialmente en el Maestrazgo, Bajo Aragón y la Franja– uno de sus escenarios y que apenas ha sido tratado hasta

⁶⁷ La partida «Libertad», como vino en llamarse, estaba compuesta de voluntarios venidos de Sádaba, Ejea, Tauste, Zaragoza, Ayerbe, Uncastillo, Urdués, Gurrea de Gállego, Luesia, Petillas, Barbastro, Santa Eulalia de Gállego, Layana, Orés, Sarsamarcuello, Bolea y Huesca (Gregorio Gota Hernández, *Huesca. Apuntes para su historia*, edición facsímil con introducción de A. Gota y M. Márquez Padorno, Huesca, Ayuntamiento de Huesca, 2000 (edición original de 1891), pp. 135-142).

⁶⁸ José Ramón Villanueva, *Victor Pruneda...*, op. cit., p. 131.

⁶⁹ Así lo hace ver en una carta dirigida al teniente coronel Fernando de Geispert. Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, *Vigilancia detenidos*, caja XVI 1128.

ahora por la historiografía. Se trata de la llamada guerra de los *matiners*, tradicionalmente conocida como segunda guerra carlista, que había estallado en 1846 y no se apagaría hasta 1849 coincidiendo con exactitud con el ciclo revolucionario de mitad de siglo. Durante todos los meses a los que hemos hecho referencia, y en paralelo a los sucesos de los que hemos hablado, las partidas de carlistas –también denominados «facciosos» o «montemolinistas», por el título de conde de Montemolín que ostentaba pomposamente el pretendiente Carlos VI– penetraron en territorio aragonés, donde se formaron nuevas partidas y aparecieron varios de sus principales dirigentes, como Pascual Aznar «el Cojo de Cariñena» o Vicente Herrero «el Organista de Teruel». ⁷⁰ El ejército isabelino se encontró entonces en una continua guerra de guerrillas contra las partidas montemolinistas, que compaginaba con la similar persecución de partidas republicanas en el campo.

No es este el lugar –por motivos de espacio y del objeto de nuestro estudio– para explicar las causas y el desarrollo de los acontecimientos de la guerra carlista en Aragón, pero sí para llamar la atención sobre el carácter de protesta social que las insurrecciones montemolinistas tuvieron en este período. Desde mi punto de vista, estas insurrecciones se enmarcarían también en el proceso social –si bien no revolucionario– del ciclo de 1848. Planteo aquí pues brevemente la necesidad de reinterpretar la guerra de los *matiners* no en un sentido exclusivamente dinástico y político o social –como ya señala Jordi Canal que sería erróneo–, ⁷¹ sino yendo más allá de este debate y encuadrándolo en un contexto europeo más amplio mediante un breve ejercicio comparativo.

El caso europeo más cercano al conflicto que aquí nos ocupa lo podemos encontrar en el vecino Portugal, en la revuelta que es conocida habitualmente como «Revolución de María da Fonte». ⁷² Durante esta revolución, en la que algún autor ha visto –no sin razones– la primera de las turbulencias del ciclo del 48, ⁷³ las clases campesinas del norte de Portugal, con un protagonismo indiscutible de las mujeres, desencadenaron una insurrección contra el régimen liberal de António da Costa Cabral y su agresiva política de cercamiento de tierras comunales, que desestabilizaba las formas tradicionales de explotación campesina en un momento de carestía y crisis económica a nivel

⁷⁰ Queda todavía pendiente un estudio del efecto de la guerra de los *matiners* en el territorio aragonés entre 1846 y 1849, un período que ha sido eclipsado por los trabajos centrados en la más espectacular y relevante primera guerra carlista.

⁷¹ Jordi Canal, *El carlismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 129-130.

⁷² En la obra ya citada, Jordi Canal ya insinúa un paralelismo entre los *matiners* y este conflicto, p. 128.

⁷³ Manuel Santirso, *España en la Europa liberal (1830-1870)*, Barcelona, Ariel, 2012, p. 124.

europeo. Fue esta una revolución que pronto tomó tintes absolutistas a favor del pretendiente al trono Don Miguel, y que contó con el abierto apoyo de la Iglesia.⁷⁴ Este fenómeno no fue privativo de los países ibéricos: el mismo año de 1846 en que estallaba en Portugal la Revolución de María da Fonte y en España la guerra de los *matiners* tenía lugar una inmensa *jacquerie* en la lejana Galitzia, la región polaca bajo dominio austriaco. Con el fin de neutralizar a la levantisca nobleza polaca, que planeaba una insurrección a nivel nacional, las autoridades de los Habsburgo animaron a los siervos a rebelarse contra sus amos a cambio de la exención de los deberes feudales, lo que condujo a una espectacular revuelta campesina en la que dos mil nobles polacos fueron masacrados y hasta cuatrocientas haciendas destruidas.⁷⁵

Los tres casos comentados –María da Fonte, *matiners* y *jacqueries* en Galitzia– surgieron en el mismo año, al calor de una grave crisis económica europea, y en ellos vemos la adopción de un lenguaje contrarrevolucionario y tradicionalista por parte de las clases desposeídas o amenazadas por la legislación aunque siempre hubiese una estructura organizativa que en cierto modo se aprovechaba de estas aspiraciones, ya fuera la monarquía carlista, las autoridades austríacas o el absolutismo portugués. No obstante, esto no nos debe llevar a simplificaciones: las campesinas portuguesas, los masoveros del Maestrazgo o los siervos ucranianos no actuaban movidos por el fanatismo, o la ignorancia hacia lo nuevo. Simplemente emplearon los instrumentos ideológicos que tenían a su alcance y que mejor conocían para legitimar sus protestas sociales y hacer valer sus derechos, aunque estos pasaran por enarbolarse la bandera del absolutismo.

Sólo así, considerando a los tres movimientos como un modo más de revuelta social dentro del ciclo revolucionario del 1848, podemos entender uno de los fenómenos más paradójicos del caso español: la colaboración de partidas carlistas y republicanas codo con codo a lo largo del verano y el otoño del 48, que va mucho más allá del mero oportunismo político de sus respectivos líderes.⁷⁶ Los tres ejemplos eu-

⁷⁴ David Birmingham, *Historia de Portugal*, Cambridge, University Press, 1995, pp. 168-173.

⁷⁵ Norman Davies, *God's Playground. A History of Poland (Vol. II 1795 to the Present)*, Oxford, University Press, 2005, pp. 108-109; Michael Rapport, *1848. Year of Revolution*, New York, Basic Books, 2008, p. 39.

⁷⁶ Seguramente la acción conjunta más relevante entre republicanos y progresistas en territorio aragonés fue la acción que tuvo lugar en Caspe la noche del 18 de septiembre, cuando un pequeño grupo de republicanos trataron de conquistar el castillo por sorpresa, apoyados por tres partidas de carlistas –Garmundi, Montañés y Rocafuel– que se habían introducido en la ciudad. Los detalles de este suceso están en la carta del jefe civil de Caspe al jefe político de Zaragoza (24 de septiembre de 1848), Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza: Fondo del Archivo del Gobierno Político, *Vigilancia detenidos*, caja XVI 1128.

ropeos que hemos citado no fueron más que la otra cara de la moneda de una protesta social –consecuencia de los cambios que el continente estaba experimentando– que iba más allá de los conceptos de república o monarquía, liberalismo o absolutismo. La utilización que unos u otros hicieran de ese descontento para sus fines es otro asunto de no menor interés, pero que no corresponde aquí tratar.

A modo de conclusión

La supresión de las garantías constitucionales permitió a Narváez realizar lo que sus vecinos europeos no habían podido conseguir: la contrarrevolución antes de la revolución. Es aquí donde encontramos la principal y única excepción de España respecto al ciclo revolucionario europeo de 1848: el movimiento contrarrevolucionario que vivirían Francia, Alemania y Austria durante verano y otoño de 1848 en España se había adelantado tres meses. El tiempo era diferente, pero la motivación y la forma eran las mismas: detenciones sin juicio ni garantías, encarcelamientos, constantes destierros a otras provincias o a Ultramar... e incluso fusilamientos, en el caso de Huesca.

La dura represión del gobierno no impidió, no obstante, que se pusiera en marcha desde el primer momento una insurrección progresista y republicana a nivel nacional; de ello son muestras los depósitos de armas que llegaban de Francia a través del Pirineo y eran encontrados en ocasiones en ciudades como Zaragoza, así como las diferentes pruebas de conspiración que reunió el gobierno para coordinar su represión más efectivamente.

Si las insurrecciones fallaron o no tuvieron las repercusiones esperadas, más que por falta de apoyo social o de entusiasmo por parte de los progresistas y republicanos españoles debemos pensar que se trataron de intentos desesperados de sacar adelante un movimiento ya desmontado por la policía y con sus principales cabecillas en el exilio o bajo arresto: una especie de huida hacia delante de una revolución que había sido estrangulada en sus inicios por la represión del gobierno. A la vez tenía lugar un interesante movimiento que hasta ahora apenas ha recibido atención: la primera protesta estudiantil organizada de España, con repercusiones en Barcelona, Valencia y Zaragoza, con claros tintes políticos enmascarados en reclamaciones académicas. Este no fue en absoluto un movimiento excepcional, sino que tuvo un paralelismo muy claro con los movimientos estudiantiles –otra seña de identidad del 48 europeo– que tenían lugar en Viena, Heidelberg, París e incluso la apartada Coimbra.

Una vez desmantelados los intentos en las ciudades clave, asistimos durante el verano y el otoño de 1848 –coincidiendo con el giro contrarrevolucionario en el resto de Europa– a un cambio de estrate-

gía insurreccional. Diseminados en partidas a lo largo del ámbito rural, los republicanos imitaron el *modus operandi* de las gavillas carlistas y recorrieron los montes –Aragón y Cataluña fueron escenarios de estos movimientos– compaginando la guerra de guerrillas con las cabalgadas sobre los pueblos proclamando la insurrección progresista. Este fue el caso de Borja, de Ejea de los Caballeros y de los valles de Echo y Ansó, a través de los cuales llegaba material desde Francia –gracias a las gestiones de los exiliados en el Midi francés– para alimentar la revolución. Este no fue un modo de operación único en Europa: en Bélgica, a finales de marzo, había tenido lugar un movimiento similar de exiliados republicanos belgas que, cruzando la frontera desde Francia con la esperanza de sublevar el país, fueron de igual modo derrotados por el ejército real. Con una diferencia sustancial: temeroso de caer en la impopularidad, el gobierno belga se negó a ratificar las diecisiete sentencias de muerte que pesaban sobre los insurrectos, unos reparos que no experimentaron las autoridades españolas con la partida de Manuel Abad en Huesca.⁷⁷

Pero no todos los movimientos insurreccionales populares tomaron forma de levantamientos progresistas y republicanos. Paralelamente, otro tipo de revuelta social se estaba llevando a cabo desde 1846 en el campo Cataluña y el Aragón Oriental –con ecos en otras provincias–, alcanzando sus máximos en 1848. La guerra de los *matiners* fue una cara más de la efervescencia social que recorrió el campo europeo desde las crisis económicas de 1846: lo hemos podido comprobar en el caso de la revolución de María da Fonte, en las *jacqueries* de Galitzia y lo podemos observar también en el caso de los montemolinistas. En los tres casos el campesinado y los artesanos toman símbolos, lenguajes e idearios pro-absolutistas con el fin de movilizarse contra lo que consideran la imposición de un estado liberal que no se preocupa de su problemática. En el caso catalán y aragonés este descontento se movilizó alrededor del carlismo, que dotaba a un grupo heterogéneo de sectores sociales descontentos de una legitimidad junto al pretendiente conde de Montemolín. No por ello debemos considerar menos transgresora la movilización de estos grupos sociales, que en ocasiones llegarán a colaborar codo con codo con las partidas republicanas. Es una cara más de la efervescencia social e insurreccional del 48 europeo que, como vemos, poco tuvo de peculiar en el caso aragonés y español.

Como hemos podido comprobar, la actividad insurreccional y conspirativa de la provincia –al menos en los casos que hemos estudiado en este trabajo– durante 1848 fue constante, en ocasiones paralela y en otras sobrepasando a un Madrid que estaba sobrevigilado por las fuerzas gubernamentales. Una actividad provincial de la que desde el

⁷⁷ Michael Rapport, *1848...*, *op. cit.*, pp. 99-100.

estado actual de la investigación podemos afirmar que excedió a la que tuvo lugar a la vez en Francia –ese mítico paradigma del 48–, donde París acaparó el protagonismo y las decisiones de la Revolución mientras los departamentos permanecieron por lo general al margen. Queda pues muy lejos de lo que en su día afirmó el maestro J. Godechot, para quien, exceptuando Madrid, en 1848 la España de las provincias *ne bouge pas*.⁷⁸

⁷⁸ Jacques Godechot, *Les Révolutions de 1848*, Paris, Albin Michel, 1971, p. 250. Un error fácil de perdonar al maestro francés, teniendo en cuenta la inexistencia de estudios al respecto aún en nuestros días.